Maga querida

Alicia Zendejas

La poeta y dramaturga Margarita Villaseñor falleció hace cuatro años, en agosto de 2011. Alicia Zendejas, una de sus más entrañables amigas, comparte este homenaje en forma de carta, donde rememora con íntima nostalgia sus andanzas compartidas en el mundo de las letras y la cultura, en el que la querida Maga fue personaje principal.

Margarita:

Me piden que escriba yo de ti. Me complacía hacerlo cuando estabas aquí. Ahora no sé qué decir. A cuál de las margaritas que fuiste debo dirigirme, a cuál me refiero que sea capaz de quitarme este dolorcillo que me ocasiona tu ausencia; y es que esa carcoma tiene un origen que desconociste, que te oculté para no decepcionarte y llevé a cuestas mintiendo sin calcular que tarde o temprano descubrirías la verdad. Me refiero a tu último libro de poesía, el que escribiste para Rafael —tu difunto marido— y un ser pequeñito impidió que se publicara. *Quelle pitié!*

En cambio, Maga querida, ahora se publicará en una institución que considera un honor editar tu libro y no sólo el último, sino incorporarlo en un volumen con tu obra completa. La muerte duele, sí, pero también proporciona coraje, sed de justicia frente a las tarascadas del tiempo irrecuperables.

Esto sucedió poco antes de que te encadenaras al silencio. En cambio hay cosas que tienen medio siglo de vida y las recuerdo con la frescura de un reciente ayer, quedaron fijas como daguerrotipos imposibles de cancelar. Yo estaba recién casada y tú habías sepultado a tu gran y primer amor —*pasó el amor que no pasa*— al accidentado Miguel lejano que intentaste revivir el resto de tu vida.

Tu insistencia, la amistad mutua y la presencia de tu padre, licenciado Jesús Villaseñor, magistrado de la Suprema Corte de Justicia, cuya organización y pujanza se manifestó tanto en los asuntos gubernamentales como en la atención a jóvenes locales y los llegados a Guanajuato en busca de enseñanza superior, hicieron posible realizar la invitación que nos habías hecho a Francisco y a mí, de pasar la luna de miel en tu casona de La Presa. Así fue. Se dispuso del departamento para huéspedes donde, en efecto, estuvimos los recién casados por las noches, porque durante el día formábamos una misma familia con los tuyos.

Una de esas noches nos quedamos solas conversando en tu sala, que era imponente, grande, oscura, decorada con papel tapiz de enormes y amenazadoras hortensias en contraste con la severidad de un óleo de Miguel Cabrera y un pianoforte del que muchos años después disfrutaría tu único hijo, Raymundo Fabrizio. Don Jesús Villaseñor y Francisco mi marido habían ido al Carmelo o a La Tasca de los Santos, no sé a cuál, con el grupo de formidables escritores españoles exiliados por Fran-

co, con Pedro Garfias a la cabeza. El ambiente de tu casa era un tanto fantasmagórico. Desde la terraza se vislumbraba el lago adormecido, verdinegro, *agua rota en astillas,* que dividía tu propiedad de la del gobernador del estado, José Aguilar y Maya, hombre bonachón que formaba parte de tus admiradores. Las dos éramos dadas al misterio, habíamos crecido escuchando consejas y fantasías primitivas. De pronto, nos invadieron ruidos inexplicables —que no los ocasionaba otra cosa que el crujir de la madera al entrar el frío de la noche, pero nos imaginamos que no estábamos solas en aquel salón—; en efecto, se había colado una perrita, la mascota de la casa cuyo nombre sí he olvidado, que dormitaba tranquila a tus pies. Súbitamente despertó y comenzó a gruñir y a caminar con cautela, enseñando los colmillos, en dirección de una silla que estaba en la esquina opuesta a nosotras; avanzaba y retrocedía una y otra vez. Recordarás Maga, que el pánico se apoderó de mí; quise salir corriendo en busca del barullo, de las discusiones que armaban los literatos, pero no pude dar un paso. Muda y entumecida te oí decir con tu naturalidad habitual:

—Allí se sentaba Miguel.

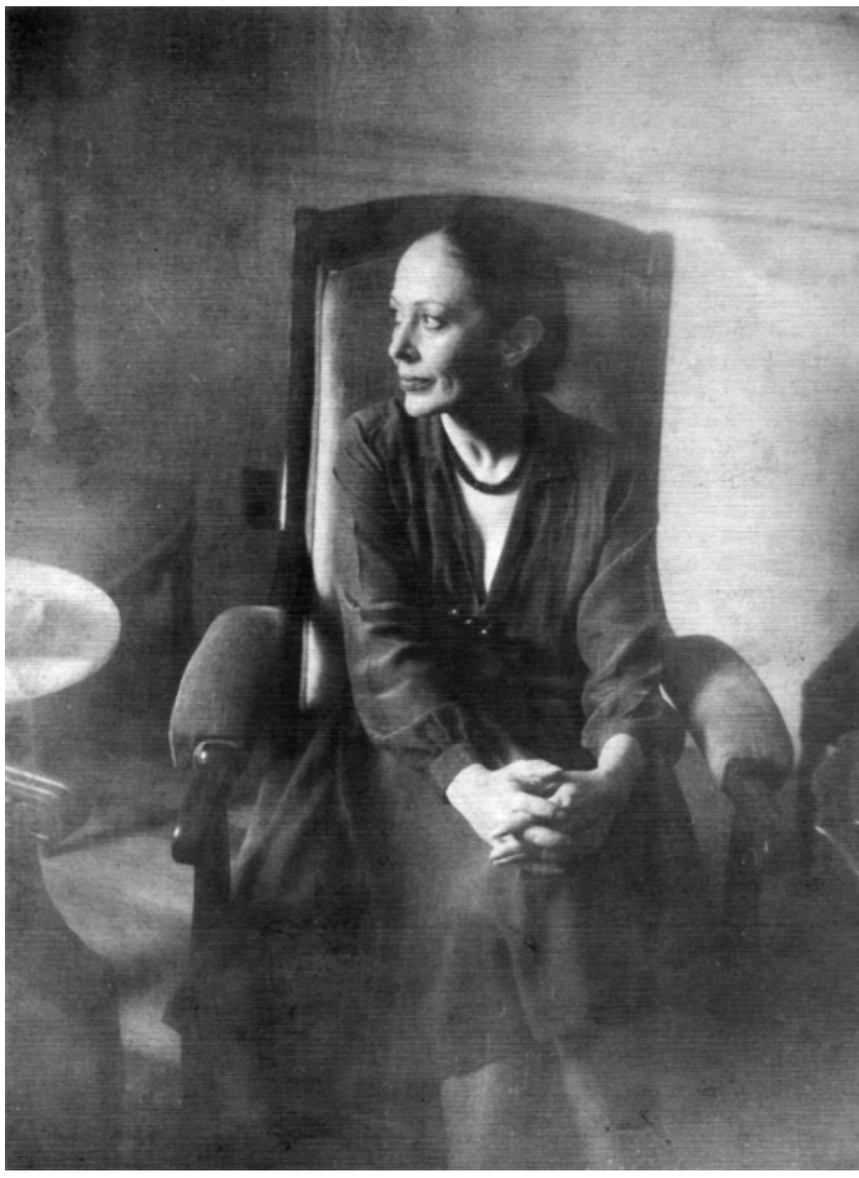
En tu rostro nunca fue perceptible el aniquilamiento, ni siquiera cuando te venció, destruyó tu aplomo o te escuchó pidiendo clemencia; estabas tan hermosa como fuiste siempre; tu amplia frente, que supo vencer con audacia la desventura que te rondó tenazmente, brillaba en tu catafalco. ¿Cómo aceptar tu indefensión, tu inmovilidad, a partir de ese 12 de agosto de 2011, por cierto viernes?

Tantas cosas se me vinieron a la cabeza mientras estuve incrédula, anestesiada cerca de tu *muerte natural.* Me vino a la mente aquella frase lapidaria de Jorge Luis Borges: *¡Qué horror no morirse del todo!*

¿Recuerdas? Nos vimos en El Colegio de México ganándole tiempo al tiempo para recibir a Jacques Soustelle y su rubia compañera, arreglando todo lo necesario para la representación que nuestro amigo, Claudio Obregón, haría de *La tragedia de las equivocaciones,* de Xavier Villaurrutia: desde arreglar el sonido de los micrófonos, distribuir el sitio de las mamparas, de las luces y medir el tiempo que duraría el discurso de Francisco al otorgarle el Premio Internacional Alfonso Reyes al gran humanista francés. Ibas de un lado al otro dando órdenes sin alharacas y con efectividad, vestida con un suéter y una falda que no podían ser más sencillos, más de diario, dicho coloquialmente, como de diario fueron tu dinamismo y tu amor a todo lo que tocaste sin esperar gloria o retribución alguna.

Fonolibros de la UNAM, por ejemplo, esa otra idea peregrina de Paco (le llamaban todos a mi marido) que tú aplaudiste y acogió la Universidad Nacional a través del estudioso de *Onetti: obra y calculado infortunio,* Fernando Curiel.

"¿Cuánto vas a ganar?", te preguntó un joven galán que seguía tus pasos de cerca y con ello no pocas veces obtuvo beneficio personal. Tú, amante irredenta del arte y sus problemas, *"no sé,* respondiste, *pero me encanta la idea de ir manejando y escuchar la voz de Juan Preciado: ella estaba por morirse y yo en un plan de prometerlo todo"…*



Margarita Villaseñor

¿Cómo olvidar aquellos días de ensayos, de la elección musical de fondo, de las voces adecuadas para cada personaje en cuyos corazones latía el entusiasmo agitado por la emoción de la aventura cultural inexplorada en aquellos años? Atesoro los que fueron realizados, Margarita: los nocturnos de Villaurrutia, *Las batallas en el desierto* de José Emilio, la poesía de Octavio y la de Lizalde, pero, el "pero" de siempre: el dinero se agotó y el nuevo rector suspendió nuestras actividades y transformó los Fonolibros en discos.

Es de nunca acabar —a tan inexplicable distancia del paraje donde estás— el intento de rehacer nuestras an-

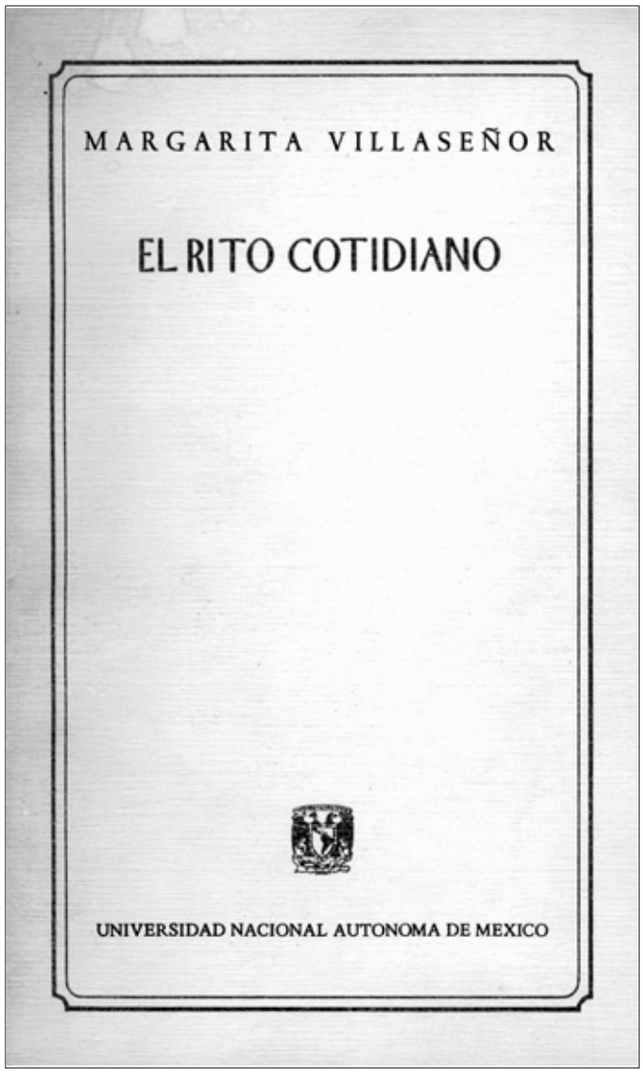
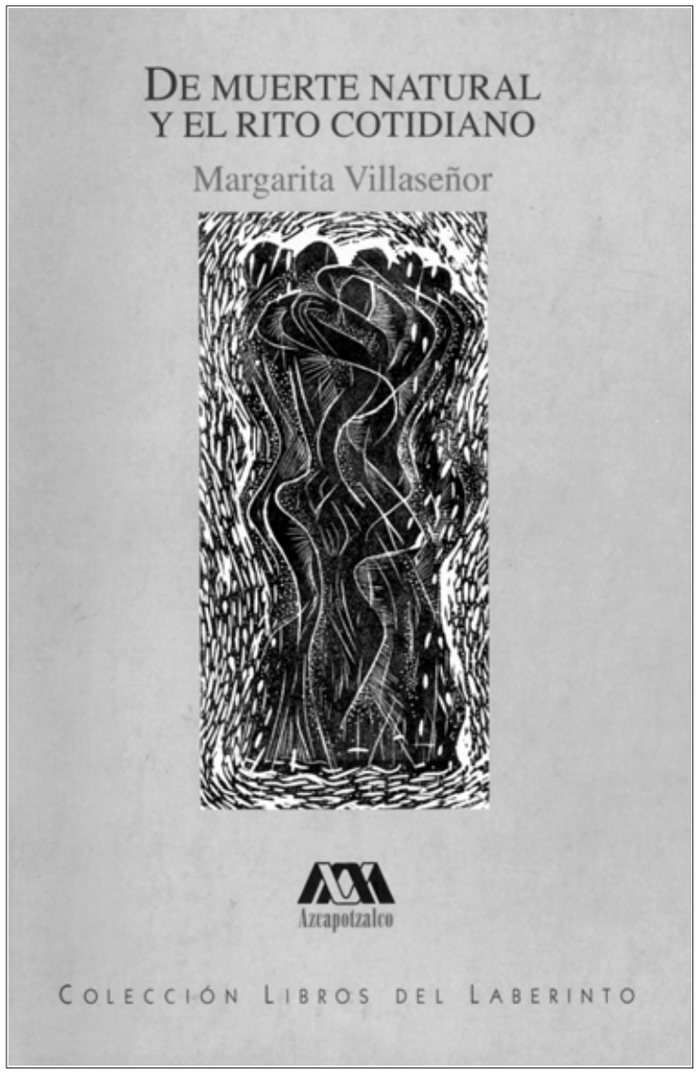
danzas, rescatarte de tu silencio absurdo para que me ayudes, como yo lo hice cuando otro galán, este sí verdaderamente ilustre y loco por ti, no se atrevió a romper moldes anticuados y llorando a lágrima viva por tu rechazo, amenazó con arrojarse a las llantas de un camión de volteo que recogía el cascajo que dejó la caída del Ángel de la Independencia.

Fue en mi casa de Lancaster donde jugábamos al "cadáver exquisito", inspirados por el del ángel que yacía en el suelo absolutamente indiferente al grupo azorado que intentamos, pero no pudimos, secundar otro llanto: el de la poeta costarricense Eunice Odio, que se dolía de que los mexicanos nos habíamos quedado sin ángel y sin independencia…

Y fue en tu casa, aquella memorable de Guanajuato, donde otro ángel, que voló largamente en la poesía, estuvo a punto de romperse la crisma cuando la reata por la que pretendía subir hasta la ventana de tu habitación se rompió bajo el peso nocturno y generosamente irrigado del cantor de *Delante de la luz cantan los pájaros*. No fue fácil para nuestro Homero, Aridjis, Luis Rius y otros poetas que arreglaban el mundo en El Gallo Pitagórico, centro diurno de una generación hispanomexicana que entraba con pie firme en las letras, levantar de la cantera al moderno Marco Antonio que, maltrecho, tan solo pretendía retirar los grilletes de tus tobillos.

Va de cuento, Maga, traer a este papel el arte de prestidigitadora culinaria del que hiciste un *modus vivendi* de lujo: un caldo de habas, un filete Wellington, tamalitos de tilapia, chiles en nogada, *coq au vin* o simples frijolitos negros eran un manjar cocinados por ti. Fueron famosas las charolas de bacalao y los pavos navideños o el Faisán Greta de tu invención, dignos de Alfonso Reyes, ¡qué digo!, de Pantagruel.

¿Y tu poesía, Maga? ¿Qué va a pasar con la que quedó pendiente en esa inmensidad donde estás?

De ella hablamos alguna vez: insistí en que labraste tu propio retrato en ella; en que a nadie le robaste su voz; en que el dolor fue el umbral, la incubadora donde nació tu terrible biografía configurada paso a paso, libro a libro. Trasciende porque te adelantaste a esta otra, tu muerte.

Ahora ya sabes si Borges tenía razón, pero entonces dime: ¿a quién le gruñía la perrita donde se sentaba el difunto Miguel? **u**